

Existen muchas formas de práctica de la profesión contable. Algunos piensan que las más importantes son las que producen más altos honorarios. Inmenso error, en el que caen, o mejor, se ahogan, los que solo tienen una variable para juzgar el mundo: el dinero.

El valor de una profesión, el aprecio que se deposita en ella, se mide por el servicio que se presta a la comunidad a la que se pertenece. Pensar en dinero es llegar a despreciar a los maestros y maestras de primaria, a los bomberos, los policías, los barrenderos, olvidando que su actividad es esencial para la vida en sociedad. Ya quisiéramos ver a tantos, con el termómetro equivocado, desesperados porque no se recojan sus basuras diariamente, acumulándose, como ha sucedido en ciertas ciudades durante algunas huelgas, por semanas, cuando el olor ya es insoportable.

Todas las prácticas profesionales están llamadas a contribuir al sostenimiento del respectivo profesional o de la organización respectiva. Pero primero que todo hay que poner el valor que se transmite a los clientes ayudándolos a mejorar, a partir de las competencias que son propias del contable, que a lo largo de la historia han sido claves para el desarrollo socio económico.

Los clientes no son seres a los que hay que sacar dinero. Son seres a los que primero hay que aportar y luego si cobrar lo justo.

Una clave de las profesiones es su capacidad para ayudar a construir el bien común. Muchísimos profesionales entienden sus competencias como una forma de cuidar de

sí mismos, de sus familias. No tienen tiempo para nada más. Hasta descansar les resulta fatigoso, pues siempre el tiempo les parece corto y muy costoso. Por ello las profesiones están en crisis. Podemos llenar cuadernos con sus bondades, pero estaríamos solo en el mundo de teorías, incluso obsoletas.

En nuestra legalista visión pensamos que ya todo está hecho cuando una ley reconoce nuestra profesión. Nos gusta la protección que dispensa, especialmente el ámbito de actividades que se reservan a la respectiva profesión. Pero no es así. Lo verdaderamente importante es lo que se hace durante el ejercicio. Aunque es mejor que nada, no se trata con una mano de especular por los servicios prestados y con la otra apoyar algunas obras de caridad. Lo verdaderamente adecuado es actuar siempre en desarrollo de los valores humanos, dentro de los cuales se encuentran los de los contadores.

Si se es contador y no se tiene la seguridad de la capacidad de la profesión para mejorar las empresas, en un horizonte de sostenibilidad, lo mejor sería abandonar el ejercicio y dedicarse a otra cosa. Las profesiones son verdaderas confesiones. Son sacerdocios que se asumen voluntariamente para llevar a la realidad los valores fundantes, como la realidad económica, la integridad, la objetividad.

Al formar a un futuro contador hay que plantearle el humanismo que hace que su profesión futura sea importante para la sociedad.

Hernando Bermúdez Gómez